E. TEDESCHI y AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

¡PRISIONERA!

COMEDIA EN UN PRÓLOGO Y DOS ACTOS

escrita en italiano por

ORESTES POGGIO

ADAPTADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

Copyright, by E. Tedeschi y A. Martínez Olmedilla, 1920

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

4

¡PRISIONERA!

COMEDIA EN UN PRÓLOGO Y DOS ACTOS

escrita en italiano por

ORESTES POGGIO

y adaptada a la escena española por

E. TEDESCHI y AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL el día 17 de Marzo de 1920

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1920

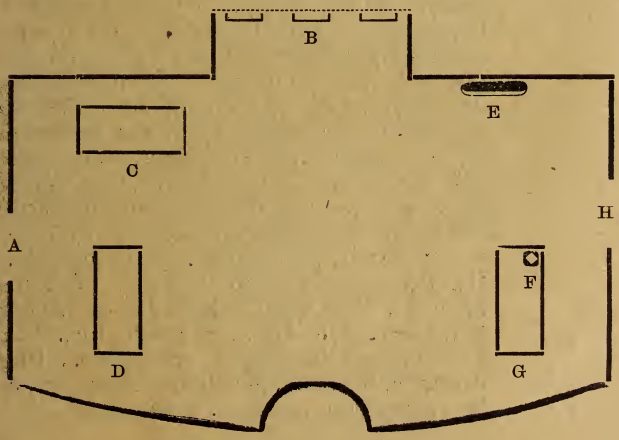
REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EMILIA (24 años).....	María Gámez.
ADELA, (22 íd.).....	Carmen Posadas.
LOLA, (55 íd.).....	Juana Manso.
UNA DONCELLA.....	Isabel Plaza.
JERÓNIMO TORRALBA (55 íd.).....	José Calle.
EUGENIO DOMINGUEZ (35 íd.).....	José G.ª Aguilar
JUAN RIPOLL (50 íd.).....	Francisco Alarcón.
JORGE BERNÁLDEZ (60 íd.)	Enrique Navas.
ALFREDO (20 íd).....	Francisco Pierrá
EL CAJERO.....	Antonio del Pino.
MÉNDEZ.....	Antonio Estévez.
UN ORDENANZA	Enrique Navas (h.)

La acción en Madrid.—Época actual

PRÓLOGO

Disposición de la escena: Despacho en la casa Torralba y Domínguez



A=Balcón.
B=Puerta vidriera que da a las oficinas.
C=Mesa de Domínguez.
D=Mesa de Arnaldo.
E=Caja de caudales.
F=Teléfono.
G=Mesa de Torralba.
H=Puerta que comunica con las habitaciones particulares de Torralba.

677111

ESCENA PRIMERA

EMILIA, sola

(Sale cautelosamente de sus habitaciones, dirige una mirada a la mesa del empleado Arnaldo; va hacia la puerta del foro, mira hacia fuera, y, por último, más tranquila, se acerca rápidamente al teléfono y llama, procurando que no suene el timbre.) 24-41... Sí... muchas gracias. (Pausa.) ¿Es el café de España? ¿Ha ido por ahí don Felipe Arnaldo? ¿Me hace usted el favor de avisarle?... Gracias. (Pausa.) ¿Eres tú, Felipe? Bien. Dime: ¿por qué no has venido a la oficina esta mañana? Te advierto que mi marido te ha echado de menos... Y también Domínguez... ¡Figúrate!... ¡Bueno es él!... ¿Que me lo tenías anunciado?... Ya lo sé... Pero, ¿por qué causa?... Te advierto que por aquí se está hablando de ti más de lo preciso... Y con aire misterioso por cierto... Claro que no en mi presencia, pero yo lo oigo... ¿Y yo, cómo he de poder?... Pero, ¿no comprendes que mi curiosidad sería sospechosa?... Por de pronto, me parece que Domínguez sabe algo más de lo que convendría... ¿Que cómo harías para venir al despacho sin tropezarte con ellos? Bien sabes que eso es muy difícil... ¿Cómo?... ¿Tu mesa?... Sigue cerrada, sí... Pero yo no tengo la llave... ¡Ven tú mismo!... Pero, ¿qué peligro ha de haber, hombre?... ¿Que hoy?... Si puedo, iré... Sí... Esta tarde a las cuatro... Si puedo... Iré, descuida, iré... Ah, que alguien llega... Sí, a las cuatro. (Deja el aparato y se aleja de él.)

ESCENA II

EMILIA y DOMINGUEZ

DOM. (Entra, muy sereno, y levemente irónico, saluda a Emilia con cierta exagerada cortesía.) Usted perdone, Emilia...

EMILIA De nada, Domínguez... Estaba telefoneando

a mi modista... Como no había nadie en el despacho .

DOM. Y aunque hubiese habido; no faltaba más... Es usted muy dueña.

EMILIA Debía haberme enviado ayer un traje...

DOM. (Mirando la mesa de Arnaldo.) Y se retrasa, por lo visto.

EMILIA Así es. Menos mal que me ha ofrecido entregármelo...

DOM. A las cuatro. (Emilia le mira con desconfianza.) Nada, como he oído que decía usted «a las cuatro...»

EMILIA (Desviando la conversación.) ¿Dónde está mi marido? ¿Ha salido de la oficina?

DOM. No. Está en el despacho del cajero hablando de un asunto bastante enojoso, por cierto. (Pausa.) A propósito: todavía no ha parecido hoy Arnaldo por aquí.

EMILIA (Con indiferencia) ¿Por qué dice usted «a propósito?»

DOM. (Sonriendo.) ¡Psé! A veces dice uno «a propósito» como pudiera decir «hablando de otra cosa...» No haga usted caso.

EMILIA Tal vez esté enfermo.

DOM. Es posible.

EMILIA Acaso conviniera que fuese alguien a su casa para preguntar...

DOM. Eso haremos. Si tuviera teléfono...

EMILIA Claro que sí...

DOM. Pero no lo tiene. Por lo menos que yo sepa. ¿No es verdad?...

EMILIA ¡Ah! Yo qué sé..

DOM. Aquí viene su marido de usted.

ESCENA III

DICHOS y TORRALBA

TOR. (Muy enojado.) Pero, en fin: ¿ha venido o no el tal Arnaldo? (Viendo a su mujer.) ¡Ah! ¿Estás tú aquí?

EMILIA Ya me iba.

TOR. Sí, sí; vete, hija. Aquí estamos muy ocupados. Y en cosas que maldito lo que tienen de agradables. Hasta luego.

EMILIA Hasta luego. (Se dirige a la puerta de la izquierda, muy despacio, para escuchar la conversación: se para

ante la mesa de Torralba, de la que coge un periódico, que finge leer, mientras el diálogo de los hombres sigue.)

TOR. Puesto que no ha venido, es preciso mandar a su casa a alguien.

DOM. ¿Mandamos al ordenanza?

TOR. Al ordenanza, a un empleado... o mejor aún, a la policía... (Viendo a Emilia.) Pero, ¿todavía estás ahí?

EMILIA Ya me voy, hombre... Como te veía tan enfadado...

TOR. Y hay motivo para estarlo; puedes creerme.

DOM. Pero no son asuntos que puedan interesar a las señoras. Cosas de negocios, sencillamente.

TOR. Eso es: negocios... de los peorcitos.

EMILIA Hasta luego, pues. (Vase.)

DOM. (La sigue con la mirada hasta que sale.) Pero vamos a ver, tampoco hay que precipitar las cosas, querido.

TOR. ¡Ah! ¿Conque a esto lo llamas tú precipitar las cosas? Pero si ya está en nuestras manos el pagaré... ¡El cajero lo tiene! Lo mismo lo has visto tú que yo... Hemos cotejado la firma... ¿Acaso es tuya ni mía? No, ¿verdad? ¡Luego aquí hay un falsario, no cabe duda!

DOM. Claro que lo hay. Pero, ¿quién es?

TOR. ¡Cómo que quién es? (Gritando.)

DOM. ¡Eh, tú, no te pongas así, hombre!

TOR. No sé cómo quieres que me ponga. Con tu calma parece que te has propuesto sacarme de mis casillas... Todavía preguntas quién es... Pero, por los clavos de Cristo, ¿a favor de quién se ha extendido el pagaré?

DOM. Según eso, tú supones que el culpable ha de ser el que resulte favorecido por la falsedad...

TOR. ¿Y no opinas tú lo mismo?

DOM. (Pausa.) Parece que sí...

TOR. Por otra parte, ¿dónde se ha metido Arnaldo? ¿Por qué no ha venido a la oficina? ¿No es algo así como una confesión esta ausencia suya, precisamente hoy, día del vencimiento?... Y por si todo esto fuera poco, las tres facturas célebres que no han sido pagadas todavía, ¿no significan nada en tu concepto?

DOM. Respecto al asunto de las facturas nada podemos asegurar en definitiva.

TOR. Querrás decir que aún no lo sabemos todo. Pero algo sabemos, y no poco. Por de pronto, sabemos que el dinero para pagarlas se lo entregamos a Arnaldo...

DOM. Y Arnaldo nos ha traído las tres facturas con el recibí.

TOR. A pesar de lo cual nos las han vuelto a presentar al cobro.

DOM. Quizás todo ello se deba a un error...

TOR. Conque un error, ¿eh? ¿Iban a equivocarse no una, sino tres casas diferentes? ¿Y las tres seguiditas, una tras otra?

DOM. Muy extraño es, en efecto.

TOR. Llámalo extraño, si quieres... ¡Mejor dirías que es, sencillamente, absurdo! Nada: que aquí hay un falsario y que ese falsario es él. Ya verás cómo le hago dar con los huesos en la cárcel. ¡Pues no faltaba más! Vaya si le mando yo a presidio... Tan cierto como...

(Un golpe de tos le obliga a interrumpirse.)

DOM. ¿Lo ves, hombre? ¿Ves lo que sacas con gritar así? Una ronquera de todos los demonios, quién sabe si una enfermedad .. Y entonces me río yo del presidio...

TOR. Mira, querido: ya me estás mortificando más de la cuenta con tu canción. ¡Que no grite, que no grite!... ¡Pues es inútil que te empeñes en que me calle! ¡Mi temperamento lo exige así! ¿Estás enterado?

DOM. Pues grita hasta desgañitarte, si ese es tu gusto. Pero después no me salgas con que te encuentras malo.

TOR. ¿Qué tiene que ver eso?

DOM. ¿No ha de tener? Ya me ves a mí en cambio.

TOR. ¡Vaya una salida! Con veinte años menos como tú y si no tuviese el hígado y el corazón tan estropeados como están, por mi desgracia, ya verías... Bueno, dejemos esto. Entérate de si ha vuelto Méndez de sus conferencias con los gerentes de esas tres casas. Si ha regresado, mándale que venga en el acto. Llama también al cajero. Me urge terminar cuanto antes este asunto.

(Domínguez vase por la puerta de la oficina y vuelve al punto acompañado por el cajero y Méndez.)

ESCENA IV

DICHOS, el CAJERO y MÉNDEZ: luego el ORDENANZA

DOM. (Entrando.) Aquí tienes a Méndez.

TOR. (Viendo al Cajero.) Vamos a ver... (Se sienta ante su mesa.) Usted, Méndez, ¿nos ha traído esas facturas? ¿Con el recibí?

MÉNDEZ (Colocando las facturas sobre la mesa.) Aquí están. Pero, por desgracia, lo que sospechábamos...

TOR. ¿Falso?

MÉNDEZ ¡Y tan falso! Como que no hay más que hacer un cotejo superficial... Solo que entonces no nos fijamos...

TOR. (A Domínguez.) ¿Lo estás viendo? ¡Valiente canalla!

CAJ. Y eso que parecía cosa muy distinta.

TOR. Hemos confiado en él estúpidamente.

DOM. Sí, hemos confiado... Por más que a mí siempre me pareció bastante dudoso.

TOR. ¡Claro! Eso dices ahora.

DOM. Aquí hay uno que no me dejará mentir. (Por el Cajero.)

CAJ. En efecto: recuerdo que varias veces me dijo el señor Domínguez: «Este muchacho no acaba de gustarme».

TOR. ¿Y por qué no te gustaba, vamos a ver? Porque también con tu consentimiento estaba en la casa, y no solo en la casa, sino junto a nosotros, en este mismo despacho, en esa mesa...

ORD. (Entrando.) Con permiso de ustedes.

TOR. ¿Qué hay?

ORD. Ese caballero que vino hace un rato... parece que se impacienta.

CAJ. ¡Ah! Sí: el del pagaré.

TOR. ¡Que espere! Yo no tengo prisa. Y si no quiere esperar, que se vaya.

ORD. (Disponiéndose a salir.) Está bien.

TOR. No, espera... Pero, ¿quién es ese hombre? ¿Le conoce alguno de ustedes?

CAJ. Yo no le había visto en mi vida.

TOR. Será algún usurero. Espera un momento. (Al Ordenanza.) ¿Qué es lo que estábamos diciendo? ¡Ah, sí! (A Domínguez.) ¿Por qué no

te gustaba? Y si tenías alguna razón para ello...

DOM. Ninguna razón. Era no más que una impresión mía.

TOR. Bien podías habérmela comunicado.

DOM. A veces las impresiones son injustas... Por otra parte, a ti te había resultado tan simpático...

TOR. ¡Simpático! ¡Simpático!... Reconocía que era listo y activo. Esto es todo. Y realmente era listo.

MÉNDEZ No se puede negar. Demasiado listo.

DOM. Y activo... Acabamos de tener pruebas elocuentes...

MÉNDEZ Y que, en realidad, a nadie había inspirado sospechas hasta hace pocas semanas.

TOR. ¿De modo que hace varias semanas sospechábais?...

MÉNDEZ En rigor, no se pueden llamar sospechas... Nos preguntábamos cómo podía vestir tan elegante y darse tan buena vida con su sueldo.

CAJ. Un sueldo crecido, pero no suficiente para despilfarros.

MÉNDEZ Además, tenía en estos últimos tiempos unas ínfulas autoritarias .. Parecía el amo...

CAJ. Y se rodeaba de un aire de misterio en todas sus cosas... ¿No han reparado ustedes en el cajón de su mesa? Siempre cerrado cuidadosamente...

TOR. (Paseando nerviosamente.) En fin, que todos notaban algo raro en él, todos sospechaban de él, y el único imbécil que no se daba cuenta de nada, era yo. ¿Es esto lo que quieren ustedes decir?

CAJ. ¡Por Dios, señor Torralba!

MÉNDEZ ¡Qué disparate, don Jerónimo!

TOR. ¡Pues si no lo dicen ustedes, lo digo yo, porque es la verdad! Pero... peor para él. Nadie más cruel y vengativo que el que ve sorprendida su buena fe como yo la he visto. ¿Conque se daba buena vida? Pues pronto vamos a dar al traste con ella. ¿Que se rodeaba de un aire de misterio? El Juez se encargará de aclararlo. ¿Que tenía siempre cerrados los cajones de su mesa? Pues los vamos a abrir ahora mismo. ¿Habrá alguna llave que pueda servirnos?

MÉNDEZ No lo creo. Es una cerradura muy sólida... ¡Y poco que guardaba él su llave! Recuerdo que un día se la dejó olvidada y volvió por ella precipitadamente .. Me parece que estabas tú, Carlos. (Al Ordenanza.)

ORD. Sí, sí; es verdad... ¡Poco deprisa que venía! Y también recuerdo que me preguntó si alguien había abierto el cajón mientras estuvo fuera.

TOR. Nada, nada; vamos a abrir ese cajón.

DOM. Déjalo, hombre; tal vez fuera preferible ..

TOR. (A voz en grito.) Pero, ¿no es nuestro este despacho? Y esta mesa, ¿no es nuestra también? ¡Pues, entonces, aquí no debe haber ningún cajón cerrado, y si lo hay, que se abra!

MÉNDEZ Es una cerradura muy fuerte. (Examinándola.) Como no fuese con ganzúa...

ORD. ¿Si quieren ustedes que vaya?...

TOR. Pues no encontráis pocas dificultades... A ver, venga el cortapapeles que está sobre mi mesa.

DOM. (Dándoselo.) Lo único que vas a conseguir es partirlo.

TOR. ¡No digo ese: el otro, el de metal! Ese. (Forzando la cerradura.) Así... se hace. (Saca del cajón muchos papeles que echa desordenadamente sobre la mesa.)

DOM (Revolviendo papeles.) Hojas en blanco...

TOR. (Lo mismo.) Y también con membrete. Aquí hay una con el membrete de Brander.

DOM. Y otra con el de Cortezo. ¿Teníamos que pagar alguna factura de Cortezo?

CAJ. Sí, señor. Pero una cantidad muy reducida.

TOR. Pensaría cobrarla el muy granuja.

DOM. Granuja e idiota, a la vez... Porque podía figurarse que no tardaríamos en descubrirlo todo.

TOR. ¡Bah! De discurrir así los ladrones, ya no habría... (Se interrumpe porque, al revolver los papeles, ha encontrado una cartera con un retrato, y al verlo se desploma pesadamente sobre el sillón.)

DOM. ¿Qué te pasa?

CAJ. Señor Torralba...

(Todos rodean a Torralba que permanece inmóvil, como herido por un rayo, y tiene pegado al pecho el retrato para evitar que lo vean los demás.)

DOM. ¡Un vaso de agua!... ¡Pronto!

CAJ. (Al Ordenanza.) ¡Un vaso de agua! ¡Corriendo! (Vase el Ordenanza y vuelve al punto con el vaso de agua.) ¿Quieren que telefonee al médico?

DOM. Más vale... (Torralba hace enérgicas señas negativas con la cabeza.) ¿Que no?... Como quieras; pero si no te encuentras bien...

CAJ. Háganos usted caso, don Jerónimo...

TOR. (Balbuciente.) No... Ya... pasará... Estoy... mejor... (Pausa. Poco a poco, va Torralba recobrando fuerzas y tira de un brazo a Domínguez como si quisiera decirle algo en secreto. Los empleados lo comprenden y se apartan, retirándose hacia la puerta.)

DOM. (En voz baja.) ¿Qué?

TOR. Que... se .. vayan...

DOM. Hagan el favor de retirarse un momento.

CAJ. Avísenos usted si nos necesita.

(Vanse los tres.)

ESCENA V

TORRALBA y DOMINGUEZ

DOM. (Volviendo apresuradamente hacia Torralba.) Pero, ¿quieres hacer el favor de decirme?...

TOR. (Le entrega el retrato, que no ha dejado de tener pegado contra el pecho, y se queda mirando fijamente a Domínguez sin despegar los labios.)

DOM. (Coge el retrato, lo mira, lee en él una dedicatoria y, por último, lo tira sobre la mesa diciendo tan solo.) ¡Ah!

TOR. (Se levanta con gran trabajo y con voz apagada dice.) ¿Esto también lo sabías?...

DOM. ¡Hombre! Tanto como saberlo...

TOR. ¡Sí, sí, lo sabías! Y esos también. ¡Pero si esto es horrible, horrible!...

DOM. Vamos, procura serenarte un poco...

TOR. ¿Serenarme? ¿Para qué? ¡Pero si ya se ha acabado todo para mí! ¿Para qué he de serenarme? ¿Por consideración a mi salud? Pero, ¿qué me importa ya la salud, después de lo que acabo de saber? Todo lo hubiera esperado... todo, menos esto.

DOM. Vamos, siéntate .. ¡Por Dios te lo pido, Jerónimo! ¡No te excites de esta manera!

TOR. (Se sienta pesadamente, deshecho, anonadado.) Pero

si no me excito... Al contrario... Ni siquiera tengo fuerzas para moverme... ni para gritar... Todo ha terminado para mí.

DOM. No digas eso, Jerónimo, que me da pena oirte... Que no lo esperabas... Conformes. Por eso te has acongojado más... Pero tu voluntad, tu voluntad de hierro con la que tantas veces has vencido...

TOR. Pero si ya no tengo voluntad... No sé... Algo debe haberse roto de repente en mi organismo...

DOM. ¡Pues hace falta que reacciones contra semejante postración! ¡Vamos, que prefiero oirte gritar como antes! Procura sacudirte esas ideas... Hay otras muchas cosas en qué pensar... ¡Qué diablo! Vales tú cien veces más que ellos. Ea, ¿qué vas a decidir? Porque supongo que no querrás estar anonadado indefinidamente. ¡No faltaba más!

TOR. Pero, ¿qué quieres que haga? Dímelo tú. A mí no se me ocurre nada...

DOM Pues se te tiene que ocurrir. Ya comprenderás que mi conciencia no puede sustituir a la tuya... Piensa que te han robado...

TOR. Sí...

DOM. Que también te han engañado...

TOR. (Animándose.) Sí... sí...

DOM. Por último, que te han ofendido cruelmente.

TOR. (Como antes.) ¡Sí, sí!...

DOM. Un hombre, en estos casos, o perdona o castiga.

TOR. (Levantándose y gesticulando, con los puños crispados.) ¡Sí, sí! ¡Castigar, quiero castigar!

DOM. Pues castiga, haz lo que quieras, con tal de que recobres tus energías. Pero ante todo, de quien has de preocuparte, es de ti. De los demás puedes reirte.

TOR. Lo que quiero es impedir que se rían ellos. ¡Castigar, castigar sin compasión! Llama, que venga Emilia.

DOM. Pero antes, ¿sabes lo que vas a decirla? ¿Has reflexionado, has decidido ya lo que te conviene hacer?

TOR. ¡Llámala, llámala te digo! Quiero verle la cara, oir lo que dice, antes de resolverme... Vamos, toca ese timbre.

DOM. Como quieras. (Toca el timbre.)

ESCENA VI

DICHOS, ORDENANZA, luego, EMILIA

ORD. ¿Qué mandan ustedes?

DOM. Ruegue usted a la señora que venga un momento.

ORD. Está bien. (Vase por la izquierda.)

DOM. Yo me retiro.

TOR. ¡No! Quédate. No me dejes solo con ella.

DOM. Pero es que Emilia no querrá, supongo...

TOR. Aquí ya no hay más voluntad que la mía. Si la desagrada tu presencia, mejor. Tú conoces la historia de mi matrimonio, y ella lo sabe perfectamente... Conmigo estabas cuando la conocí... También has de estar presente hoy... Nada: quédate, quédate. Pudiera la indignación llevarme a algún exceso...

DOM. Como quieras.

EMILIA (Entrando por la izquierda.) ¿Me llamabas?

TOR. Sí. (Enseñándola de pronto el retrato.) ¿Sabes qué es esto?

EMILIA (Mira desde lejos, sin comprender de que se trata, pero no se atreve a acercarse.)

TOR. ¿No conoces este retrato? ¡Es el tuyo! (A Domínguez.) Toma. Enséñaselo.

DOM. (Coge el retrato, y al entregárselo a Emilia, la dice sn voz baja.) Sea usted prudente, señora.

EMILIA (Mira el retrato sin cogerlo y permanece callada y erguida, inmutable, al parecer.)

DOM. (Echa el retrato sobre la mesa y se retira hacia el foro.)

TOR. ¡Ah! ¿Y esto es todo lo que se te ocurre contestarme? (Pausa.) ¿Nada más que esto? (Pausa.) Estoy hablando contigo.

EMILIA (En voz queda.) No tengo nada que decir.

TOR. ¿Ni siquiera intentas negar?

EMILIA (Haciendo un esfuerzo sobre sí misma.) No puedo.

TOR. (Dominado por la emoción, se sienta y permanece un momento callado.) Tienes razón. Era una esperanza tonta la mía. Pero me parece que debes alegar alguna disculpa...

EMILIA (Como antes.) No.

TOR. Algo que atenúe la gravedad...

EMILIA (Como antes.) No.

TOR. (Con ímpetu.) ¡Pues ufánate de ello entonces! Añade a la ofensa el cinismo.

EMILIA No... no; si no es eso... Si negase ante la evidencia, ¿qué juicio formarías de mí? ¡Qué más quisiera yo que poder negar! Y no por mí; puedes creerlo, sino por ti. Tu dolor me apena, me hace daño.. Si pudiera negar, negaría, sólo para que tú no sufrieras...

TOR. (Irónico.) ¡Ah! ¡Qué hermoso corazón el tuyo!

EMILIA Pues, a pesar de todo, no soy mala.

TOR. (Levantándose y acercándose a ella) Pero ¿qué idea tienes tú de lo que es bueno ni malo? Herirme en mi cariño, en mi decoro, en mi derecho... Y aquí mismo, en mi propia casa, sin que yo te haya dado nunca el más leve motivo para merecer tu odio ni tu desprecio... ¡Y aún te parece que no eres bastante mala!...

EMILIA (Querría callar, pero levanta los ojos hacia Torralba, que la mira amenazador, y dice en voz baja.) Eso de que no tengo motivos de queja...

TOR. ¿Tú? ¿Tú motivos de queja para conmigo? Sepamos cuáles.

EMILIA ¿Para qué? No habrías de comprenderme...

TOR. ¡Conque tienes motivos de queja! Pero ¿lo estás oyendo? (A Domínguez.)

EMILIA (Se vuelve hacia Domínguez y le dice bruscamente.) Y usted... ¿se puede saber qué hace aquí ahora?

DOM. (Se dispone a contestar: Torralba lo impide.)

TOR. He sido yo quien ha querido que se quede. Como él sabía...

EMILIA (Irónica.) ¡Ya!

TOR. Y se callaba porque me tenía lástima... Por eso quiero que también sepa cómo arreglo este asunto. Juntos estábamos él y yo cuando te vimos por primera vez. El conoce todo cuanto a nosotros se refiere. Debe presenciar este episodio... que acaso sea el desenlace de nuestra historia. Pero, sepamos, ¿qué quejas tienes de mí?

EMILIA (Enojada por el acento imperioso de su marido, levanta la cabeza, le mira fijamente y le replica con frialdad.) Me quejo de que te hayas casado conmigo.

TOR. (Profundamente asombrado.) ¿De eso te quejas?

EMILIA Sí; de eso. Es la única razón que puede justificar mi conducta. Me obligaste, a la fuer-

za, a casarme contigo. Y a la fuerza sólo se puede sujetar a una mujer un día, si acaso, pero no toda la existencia.

TOR. Pero, ¿es posible que digas eso?

EMILIA Cuando me conociste, bien lo sabes, yo era una muchacha de honradez indiscutible. Me encontrábais por la calle tú y tu amigo todas las mañanas, cuando salíais del Círculo, de una francachela, de un baile de máscaras... de vuestras diversiones habituales En cambio, yo iba a mi taller, a mi trabajo. De aquellos encuentros brotó... tu deseo, que no otra cosa te impulsó hacía mí. Procuraste que hablásemos para plantearme brutalmente la cuestión... Celebro ahora que Domínguez esté presente, pues no me dejará mentir. El sabe cómo rechacé tus proposiciones...

TOR. ¡Por eso te di mi nombre!

EMILIA Es claro. En premio a mi virtud, me compraste. Para eso te sobraba el dinero.

TOR. ¿Y esto es lo que tienes que reprocharme?

EMILIA Naturalmente... Yo tenía entonces veinte años. Podías ser mi padre. Estabas enfermo. No me brindabas amor, sino dinero... Y, aunque yo lo despreciase, mi familia sufría privaciones, mi trabajo era rudo... La tentación fué demasiado poderosa... y acepté el matrimonio. La moral estaba a salvo; pero no por eso dejaba de venderme.

TOR. Hiciste mal en acceder si pensabas de ese modo.

EMILIA ¡Oh, qué fácil es decir eso! Tú no sabes lo que es carecer de todo, sufrir la fatiga de un trabajo que no acaba nunca, escuchar un día y otro los consejos de la familia, que unas veces suplica y otras amenaza, y acaba por vencer la voluntad más fuerte.., Pero lo malo es que, cuando llegué a darme cuenta de que el dinero, ante el cual me había doblegado, no basta para ser feliz, y que yo misma, con mis propias manos, me había encerrado dentro de un cerco que nunca podría romper, entonces... me arrepentí de haberme atado para siempre con cadenas de oro, pero cadenas al fin y al cabo...

TOR. (Se tambalea, como si fuese a caer, y tiene que apoyarse en la mesa.)

DOM. (Se acerca rápidamente a Emilia y la dice en voz baja:) ¡Pero usted le quiere matar!

EMILIA (Recobrando su serenidad.) Por eso hubiera preferido callarme.

DOM. (Aproximándose a Torralba.) Esta discusión es enojosa, absurda...

TOR. Tienes razón. Acabemos, pues. (Recobrando su acento sereno y cortante.) Una cosa hace falta que me digas. Ya que tanto defendiste tu honradez de soltera, cómo olvidaste tan pronto tus deberes de casada.

EMILIA Yo te juro que no hubiera querido faltar a ellos...

TOR. Pues has de saber que no pudo el Destino depararte cómplice más desastroso, porque ese... individuo es un ladrón.

EMILIA (Con vehemencia.) ¡Eso no es verdad!

TOR. Un ladrón y un falsario, por añadidura. Estos papeles contienen la prueba, y dentro de poco estarán en manos del juez de guardia.

EMILIA (Casi balbuceando,) ¡Del juez... de guardia!

TOR. (Implacable.) Lo que oyes.

EMILIA (Como atontada.) No, no es verdad; no puede ser...

TOR Ese individuo ha robado de la manera más vulgar, apoderándose de cantidades que se le habían confiado, y falsificando firmas. Por si esto es poco...

ESCENA VII

DICHOS y el CAJERO

CAJ. (Desde la puerta del foro.) Con permiso de ustedes.

TOR. ¿Qué ocurre?

CAJ. El señor aquel del pagaré...

TOR. ¿Pero está todavía?...

CAJ. Se fué, pero ha vuelto: insiste en que quiere ver a ustedes...

DOM. Yo iré.

TOR. No, no... Este asunto lo quiero liquidar yo mismo. Me interesa tener en mi poder esos papeles, como una prueba más. (A Emilia.) Tú, espérame aquí. Pronto vuelvo. (Vase con el Cajero.)

ESCENA VIII

EMILIA y DOMINGUEZ

DOM. (Acercándose a Emilia.) ¿Me permite usted que la dé un consejo?

EMILIA (Brusca.) ¿Consejos... ahora?

DOM. Está usted equivocada. En el fondo, Torralba es muy indulgente. Por otra parte, una ruptura tal vez le haga más daño a él que a usted. Convendría evitarla a todo trance.

EMILIA Eso no depende de mi voluntad.

DOM. Demasiado sabe usted que sí. Ya que no adopte usted una actitud humilde, por lo menos no se muestre tan excesivamente altiva.

EMILIA ¿Para qué? Si yo no pretendo que me perdone.

DOM. Entonces... para procurar que este hombre sufra lo menos posible.

EMILIA ¡Ah! Eso... más valía haberlo pensado antes.

DOM. No comprendo por qué me dice usted eso.

EMILIA Pues, sencillamente, porque no hay quien me quite que en este asunto ha desempeñado usted el papel de Yago en «Otelo».

DOM. (Va a replicar indignado, pero se reprime.) Esa suposición es una ofensa que no merezco; pero voy a prescindir de ella, y me conformo con preguntar a usted qué interés podía guiarme al hacerlo.

EMILIA ¡Por Dios, Domínguez! ¡Hay tantas clases de intereses! ..

DOM. Conformes. Pero en este caso... cíteme usted uno.

EMILIA Usted tenía que vengarse de dos cosas.

DOM. ¿Yo? No sé de cuales.

EMILIA ¡Vamos! ¿Tendré que recordarle que antes de mi matrimonio fué usted pretendiente mío?

DOM. No lo he olvidado... ni lo niego.

EMILIA Pues ahí tiene usted un motivo para guardarme rencor.

DOM. Olvida usted que, en realidad, yo no llegué a hablar de boda.

EMILIA Bueno: ¿y qué?

DOM. Pues que de habérmelo propuesto, no sería

con Torralba con quien se hubiera usted casado...

EMILIA Sino con usted. ¿Verdad?

DOM. Por lo menos, así lo creo yo. No es fácil, pues, que yo guardase a usted rencor por un hecho que no se ha realizado por mi culpa. (Emilia hace un gesto de cólera. Muy serio.) Acaso hice mal... (Con sorna.) Pero, en rigor, no creerá usted que son estas circunstancias las más propicias para envidiar a mi pobre amigo... ¿Y el otro motivo para vengarme de usted?...

EMILIA Usted ha sido el primero en descubrir mis... devaneos con Arnaldo.

DOM. Supongamos que así sea. Pero no comprendo...

EMILIA Pues... que no le habrá hecho a usted ninguna gracia verse postergado antes y después de mi boda.

DOM (Más serio que antes.) Tenga usted la seguridad, Emilia, de que así como no quisiera encontrarme ahora en el lugar de su marido, menos aún querría verme en el de Arnaldo. No soy ningún...

EMILIA (Furiosa.) Ya sé, ya sé que usted no le quita nada a nadie...

DOM. (Sentencioso.) Ni siquiera la mujer a un amigo. (Nuevamente irónico.) Convénzase, pues, de que si me inspirase usted algún sentimiento, no sería rencor, sino gratitud.

ESCENA IX

DICHOS y TORRALBA

(Torralba entra con un papel en la mano.)

DOM. (Saliendo a su encuentro.) ¿Qué ha sucedido?

TOR. Aquí está el pagaré.

DOM. ¿Lo has abonado por fin?

TOR. Sí. Pondré este documento con todos los demás en mi caja de caudales. (A Emilia.) De ti dependerá únicamente que salgan de ella para ir a manos del juez. (Emilia le mira sin comprender.) ¿No lo entiendes? Yo te lo explicaré en dos palabras. Por ahora, nada de denunciar a ese miserable. ¿Te alegras? Bueno. Por tu parte eres libre de hacer lo

que gustes: seguir en esta casa, volver con tu familia o irte a otro sitio. Como quieras. (Emilia hace ademán de que va a decir algo.) Espera un momento antes de decidirte. La cosa merece pensarse. Porque claro está que yo impongo una condición. Una sola, pero terminante. Y es, que en ningún caso, entiéndelo bien, ni bajo ningún pretexto, volverás a ver a ese hombre. (Emilia se dispone a interrumpir.) ¡Nada de discusiones, por Dios! Mi voluntad es ésta. Por tanto, como dejes de respetar la única condición que te impongo, el juez se encargará de examinar esos papeles. En resumidas cuentas: que en tus manos está la libertad de ese hombre.

EMILIA (Sin poder reprimir la cólera.) Y en las tuyas, la de los dos.

TOR. Así es.

EMILIA Me dejas en libertad de hacer lo que guste; pero me conviertes en tu prisionera.

TOR. Algo por el estilo. Ya que no me quisiste respetar como marido, desde ahora tendrás que resignarte a que sea tu carcelero. Y ya no tenemos nada más que hablar. Puedes retirarte.

(Emilia vase lentamente. Tan pronto como se ha retirado, Torralba, vencido por la intensa emoción, cae, sollozando, en los brazos de Domínguez. Telón.)

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Gabinete en casa de Eugenio Domínguez. Puertas a la izquierda y al foro. Un teléfono sobre una mesa.

ESCENA PRIMERA

DOMÍNGUEZ, ADELA, LOLA y JORGE BERNALDEZ

ADELA (Sirviendo el café.) ¿Quieres más azúcar, mamá?

LOLA No; está bien así.

ADELA ¿Y tú, papá?

JORGE No, gracias.

LOLA Pues créeme, hija mía, créeme: la dicha de una mujer estriba casi únicamente en...

ADELA ...en la fidelidad de su marido.

DOM. Y recíprocamente; digo, me figuro...

ADELA Es claro. Pero, por lo mismo, son tan contadas las mujeres dichosas.

DOM. ¿Y los maridos dichosos?

ADELA ¡Pero si las mujeres son todas fieles!

DOM. ¿A quién?

JORGE (Riendo.) ¡Bien preguntado!

ADELA (Sentenciosa.) Según la experiencia que yo tengo de la vida...

JORGE (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una experiencia que puedes tener a tus años!

LOLA (Riendo.) ¡Ay, qué hija esta! Para experiencia la mía, por desgracia. Y no me cansaré de repetirte que la felicidad de todo matrimonio depende, principalmente, de la confianza mutua entre el marido y la mujer.

DOM. ¡Muy bien dicho, mamá!

ADELA Sí; «muy bien dicho, mamá», porque esta teoría de mamá te conviene.

DOM. No me conviene solamente a mí, sino a todos.

ADELA ¡Pues no, señor! Yo no necesito inspirar una confianza ciega a mi marido. Sois vosotros, los hombres, los que predicais siempre: «¡Confianza! ¡Mucha confianza!...» Porque al abrigo de ella podéis hacer cuanto se os antoje.

DOM. Pero, vamos a ver: ¿qué es lo que a mí se me antoja hacer que no te agrade?

JORGE Eso es: ¡venga la denuncia en toda regla!

ADELA No, si yo no tengo nada que denunciar...

LOLA ¿Lo ves?

ADELA Por ahora; entendámonos. Por ahora. Lo cual no quiere decir que este caballerito no haya podido hacerme alguna trastada. Lo que ocurre es que yo no he llegado a saberlo.

LOLA ¡Vamos! Di que eres desconfiada, celosa...

ADELA Llámalo como quieras, pero así es. Por otra parte, ten en cuenta que no llevamos más que seis meses de casados. ¿Quién me responde a mí de lo que pueda suceder el día de mañana?

DOM. ¡Toma, toma! ¡El día de mañana!

LOLA ¡Claro! Nadie puede responder del porvenir. Pero, por de pronto, lo que consigues con tus temores, es vivir en constante inquietud.

DOM. Y atormentarme a todas horas con sus bobadas.

ADELA ¡Pero no le hagais caso! ¡Que yo le atormento! Me limito a vigilar, a tener los ojos abiertos, a defenderme, en suma.

DOM. Pues ¿quieres que te diga lo que pienso?

ADELA Dilo.

DOM. (Serio.) ¡Que te defiendas cuando llegue el caso, está bien. Pero mientras tanto, no consigues más que ofenderme con tus injustas suspicacias.

JORGE (Serio.) ¡Exacto!

LOLA (Idem.) Tu marido tiene razón.

ADELA (Después de mirarlos a todos.) Comprendido. Estáis todos de acuerdo.

LOLA (Riendo, como los demás.) ¿Pero en qué, locuela?

ADELA Solo que yo, aunque digáis lo que os parezca, seguiré tranquilamente mi camino. Al fin y al cabo, si te molesta mi vigilancia, es

porque la temes. Si no tuvieras miedo a que yo descubriese algo, ¿para qué invocar a cada instante mi fe, mi confianza ciega? ¿Es que yo te impido vigilarme, espiarme, desconfiar de mí? No, ¿verdad? ¡Pues entonces!...

LOLA — Esto no es discurrir, hija mía.

JORGE — Di más bien que no es sensato ni razonable.

ADELA — ¡Claro! Como a vosotros ya no os importan estas cuestiones...

LOLA — Ni nos importan ahora, ni nos han importado antes.

ADELA — De modo que a ti, mamá, no se te ha ocurrido nunca desconfiar...

LOLA — ¡Nunca!

ADELA — ¿De modo que papá, nunca...?

JORGE — ¡Jamás!

LOLA — Bueno, eso .. él sabrá. Pero lo cierto es que yo nunca supe nada.

JORGE — (A LOLA.) Palabra de honor que yo...

LOLA — ¡Bueno, bueno! ¿Acaso te pregunto algo?

DOM. — ¿Lo estás viendo? Esto se llama discurrir.

ADELA — ¡Ya lo creo! Las circunstancias son bien distintas. Has de saber que papá no salía de casa; no tenía, como tú, el lindo pretexto de los negocios. ¿Que sale más temprano que de costumbre? Por sus negocios. ¿Que vuelve retrasado? Por los dichosos negocios. ¿Que le encuentro en su despacho acompañado por alguna señora? ¡Los benditos negocios! ¿Y quién me dice a mí qué negocios son esos?

DOM. — Mujer, de sobra lo sabes: representaciones comerciales de todo género.

ADELA — Habría que saber qué género es ese... La dama de ayer, por ejemplo, ¿a qué género pertenecía?

DOM. — Al género neutro, si acaso. La infeliz pasaba de los cincuenta.

ADELA — Ya serían algunos menos.

ESCENA II

DICHOS y ALFREDO; luego la DONCELLA

ALF. — (Entrando por la izquierda.) ¿No hay para mí una taza de café?

DOM. — Hola, Alfredo. No faltaba más.

LOLA La verdad es que no te lo merecías. ¡Vaya unas horas de venir!

ALF. Se me ha hecho tarde sin querer, mamá. Tuve un encuentro en la calle...

ADELA (Sirviéndole el café,) Bueno, toma café y déjate de embustes.

ALF. No hay embuste, porque no digo a quién me he encontrado. Y a propósito de encuentros agradables: (A Domínguez.) prepárate a recibir la visita de una señora.

DOM. ¿Yo?

ADELA ¿El?

ALF. Sí, él, tú. Estaba en el portal preguntando al portero, con voz, por cierto, bellamente timbrada: «¿Vive aquí el señor Domínguez?»

ADELA (Con vehemencia.) ¿Quién era? ¿Cómo era? ¿Qué quería?

ALF. ¡Calma, hermanita, calma, que me estás tirando el café! Pues... no sé quién es, porque no la había visto en mi vida. No sé cómo es, porque apenas la he mirado; pero me parece que no está mal. Y no sé lo que quiere por la sencilla razón de que no se lo he preguntado, ni ella me lo hubiera dicho. ¿Estás satisfecha, hermana mía?

ADELA (A Domínguez.) ¿Quién es esa mujer?

DOM Espera un rato y te lo podré decir.

(Se oye el timbre de la escalera.)

ALF. Aquí está.

ADELA ¡Vaya un modo de llamar! ¡Ni que estuviera en su casa!

DONC. (Desde la puerta izquierda, dirigiéndose a Adela.) Señorita: hay una señora que pregunta por usted.

ADELA Por el señor, querrá usted decir.

DONC. No, señora. Me ha dicho que desea hablar con la señora.

DOM. ¿Ha dado su nombre?

DONC. No, señor. Dice que como la señorita no la conoce...

JORGE ¡Ay, pobrecita Adela! Algún sablazo, de seguro.

DOM. (Con entonación fingidamente dramática.) ¡O quién sabe si es algún caballero disfrazado de mujer!

JORGE (Secundándole.) ¡Eso! Un adorador enmascarado.

LOLA Estaremos alerta, por si acaso. (Levantándose.)

JORGE Te dejamos el campo libre. Vamos, Alfredo.
(Se dirigen a la puerta del foro Lola, Bernáldez y Alfredo.)

DOM. Si el sablazo es exagerado resérvate hablar conmigo antes de decidir... (A la Doncella.) Que pase esa señora. (Vase la Doncella. Adela, muy seria, no ha contestado las bromas de unos y otros.) ¿En qué estás pensando?

ADELA (Muy seria.) Se me estaba ocurriendo una cosa...

DOM. ¡Adiós! ¿Qué cosa será?

ADELA A saber si cuando nos casamos tendrías tú algún serio compromiso...

DOM. (Yéndose de prisa con los demás y riendo.) ¡Caracoles! ¡Ya escampa!...

ESCENA III

ADELA y EMILIA, por la izquierda

(La Doncella hace pasar a Emilia y se retira al punto.)

EMILIA ¿Es la señora de Domínguez a quien tengo el gusto de hablar?

ADELA Sí, señora. Pase... Tome asiento.

EMILIA Muchas gracias... Soy la viuda de Torralba...

ADELA ¡Ah! ¿Usted?

EMILIA ¿Le extraña a usted?

ADELA Como dijo usted a la criada que no la conocíamos...

EMILIA En efecto: usted no me conocía.

ADELA Personalmente, no; pero de nombre...

EMILIA Además, si he de ser franca... temía no ser recibida.

ADELA ¿Por qué?

EMILIA Porque otras veces ya me ha sucedido.

ADELA Pero, ¿usted ha venido a esta casa antes de ahora?

EMILIA A esta casa, no; pero sí al despacho de su marido.

ADELA ¿Y él se ha negado a recibirla?

EMILIA Sí. Por eso pensé valerme de este pequeño ardid: preguntar por usted sin dar mi nombre.

ADELA Según eso, con quien usted necesita hablar es con mi marido.

EMILIA Sí, señora.

ADELA Entonces voy a llamarle.

EMILIA No... Espere un momento. Antes, deseaba yo que hablásemos nosotras... Entre mujeres, ciertas cosas se entienden mejor...

ADELA Como usted guste.

EMILIA Después, si no le parecen a usted injustas mis pretensiones, puede ayudarme a conseguir que me atienda su marido. ¿Quiere usted?

ADELA Hable... Diga...

EMILIA No crea usted que es tan fácil empezar... Ante todo: su marido de usted, ¿le ha hablado de mí alguna vez?

ADELA Sí; a raíz de nuestra boda.

EMILIA Menos mal. Así no tengo que hacerle a usted el enojoso relato de lo sucedido entre Torralba y yo poco antes de su muerte. Está usted enterada de todo, ¿verdad?

ADELA Sí... sobre poco más o menos.

EMILIA Seguramente me juzgará usted mal...

ADELA Yo no tengo ningún derecho para juzgarla.

EMILIA Gracias. Pero yo misma doy a usted ese derecho al suplicarla que se interese por mí... Estoy segura de que mi falta tenía no pocas atenuantes... Pero no se trata de esto ahora. Mi pasado... ni a usted la interesa conocerlo ni a mí me conviene recordarlo. Lo importante es mi porvenir. Tal vez sepa usted que mi marido me prohibió en absoluto ver a... aquella persona, y que, para impedirme desobedecerle, retuvo en su poder unos documentos gravemente comprometedores...

ADELA Sí, ya sé.

EMILIA Puedo jurar a usted que no hice ninguna tentativa para oponerme a su voluntad. Estaba en su derecho al hacer lo que hizo. Al poco tiempo murió... y yo dejé pasar con creces el año de luto sin la más leve rebeldía contra su decisión.

ADELA Ha hecho usted perfectamente.

EMILIA Pero ahora, con más de dos años transcurridos desde mi viudez, ¿por qué no he de tener libre mi voluntad? Se trata de un derecho que disfrutan todas... y del que muchas hacen uso, aun habiendo sido muy felices en su primer matrimonio.

ADELA ¿De modo que piensa usted casarse de nuevo?

EMILIA Sí, señora.

ADELA ¿Con... la misma persona?

EMILIA Sí.

ADELA ¡Ah!

EMILIA No le extrañe a usted. Aquella falta suya, que pudiera hacerle sospechoso, la perdoné al momento, porque la cometió impulsado por mi amor. ¡Era tan joven entonces! Pero ahora está hecho una persona formal. Trabaja mucho, se ha labrado un porvenir envidiable; es, en suma, un caballero en toda la extensión de la palabra.

ADELA Pues, siendo así, ¿por qué no se casa usted?

EMILIA Porque me encuentro en una situación tan triste como extraña: porque no puedo disponer de mi persona.

ADELA ¿Quién puede impedírselo?

EMILIA Nadie, ¿verdad? ¡Nadie! Ni aun en el caso de que yo estuviese a punto de cometer un disparate. Soy mayor de edad, dueña de mis acciones, y tengo tanto derecho como cualquiera a disponer de mi propia vida. ¿No es así?

ADELA ¡Qué duda cabe! Pero, ¿es que alguien se opone a ello? ¿Quién puede pretender tal cosa?

EMILIA Pues su marido de usted.

ADELA (Encrespada.) ¡Mi marido! ¿Y por qué?

EMILIA ¡Ah! Precisamente para preguntárselo es por lo que deseo verle. A mis cartas angustiosas, solo ha contestado con frío laconismo: «Cumplo mi deber». He querido hablarle en su despacho, y se ha negado a recibirme. Yo no puedo, no debo tolerar semejante tiranía. Torralba podía tener el derecho de castigarme y el deber de protegerme... ¡Pero él, no. Esto es lo que quiero decirle. ¿Qué le parece a usted?

ADELA (Turbada) Yo... yo... la verdad, no sé qué pensar de todo esto... Es una cosa tan extraña, tan inexplicable... Pero alguna razón habrá, sin embargo... Mi marido no es capaz de proceder tan solo a impulsos de un capricho.

EMILIA ¡Oh! Toda actitud, por absurda que parezca, se funda en algo... Conformes. Solo que, a veces, se deja uno guiar por un sentimiento instintivo más que por la propia voluntad.

ADELA Según eso, teme usted que mi marido...

Acaso cree usted que él la odia sin darse cuenta...

EMILIA (Con una sonrisa enigmática.) ¡Vaya usted a saber!...

ADELA Explíquese usted...

EMILIA (Sonriendo.) El odio nace de tantas cosas... Dicen que hasta puede nacer del amor.

ADELA (Encrespada.) ¡Qué dice usted!

EMILIA ¡No... por Dios! Tonterías... No haga usted caso.

ADELA ¡Pues vaya con las tonterías! Hable usted claro de una vez.

EMILIA Pero si no es nada, en resumidas cuentas... Cosas pasadas... y olvidadas por añadidura.

ADELA (Angustiadísima.) ¡Ay, Señor! Pero...

EMILIA Tonterías... Pero, ¿no se lo ha contado a usted nunca su marido?... Nada; que cuando yo era soltera, él me hizo el amor...

ADELA ¡Ay, Dios mío!...

EMILIA ¡Cosas de muchachos! Nada más... Así y todo, mi boda con Torralba, no dejó de contrariarle... No porque me quisiera, sino porque su amor propio quedaba malparado. Y su contrariedad subió de punto al enterarse de mis relaciones con... el otro. En suma, yo significo para él un recuerdo molesto: el de un fracaso amoroso No es extraño que ahora, tal vez sin darse cuenta, no lo niego, pretenda vengarse.

ADELA ¡Que pretenda vengarse!

EMILIA Es la única explicación que encuentro, después de pensarlo mucho. De todos modos, y dejándonos de bromas...

ADELA ¡Sí, sí, bromas! ¡Me río yo de las bromas!

EMILIA No pueden llamarse de otro modo. Esté usted segura de que si se tratara de algo serio, no hubiese yo venido a contárselo... Pero, sea como fuere, yo querría que él mismo me dijese la verdad.

ADELA ¡Toma! Y yo también.

EMILIA Me alegro. Pero creo preferible esperar a que haya hablado conmigo. Es muy fácil que en esta entrevista yo logre saber lo que deseo, en cuyo caso sería perfectamente inútil que usted le hablase del asunto. En cambio, si no consigo nada...

ADELA (Con ímpetu.) Pero usted me ha de prometer...

EMILIA ¿Decírselo todo? Qué duda cabe.

ADELA (Impaciente.) Voy a llamarle.

EMILIA Pero, por Dios y por todos los santos, tenga usted serenidad...

ADELA (Dirigiéndose hacia la puerta del foro.) Sí, sí, descuide... Hasta luego.

EMILIA (La sigue con la mirada, y, sonriendo entre satisfecha y compadecida, murmura.) ¡Ya es mía! Ella me ayudará.

ESCENA IV

EMILIA y DOMINGUEZ

DOM. (Entra por el foro y avanza, dejando entornada la puerta.) Me ha dicho mi mujer...

EMILIA Que deseaba hablar con usted. Es cierto.

DOM. Siéntese, haga el favor.

EMILIA (Se sienta.) Gracias.

DOM. Ha escogido usted un camino demasiado... indirecto.

EMILIA No lo creo yo así, puesto que, gracias a él, he logrado mi propósito.

DOM. Bien, pues... dígame lo que desea.

EMILIA Pero, ¿todavía necesita usted que se lo explique? ¿No han sido suficientes para ello las varias cartas que le he escrito... y a las que usted no se ha dignado contestar?

DOM. No lo atribuya usted a descortesía, créame. En todas ellas me preguntaba usted lo mismo, y como ya contesté la primera, me parecía inútil... y desagradable insistir, puesto que no estaba en mi mano rectificar mi actitud.

EMILIA ¿De modo que sigue usted pensando lo mismo?

DOM. No hago más que cumplir con mi deber.

EMILIA Pero... ¿está usted seguro de que su deber es éste?

DOM. Sí.

EMILIA Esperaba esta contestación. Pero ayer he recibido una carta de él... de Arnaldo, rogándome una vez más que me entrevistase con usted... Aquí está la carta. (La saca del bolso.) ¡Oh! No tema usted que se la haga leer... Es demasiado extensa. Es un grito de desesperación, propio de un hombre ansioso de reivindicar su derecho a vivir sin que

esté suspendida sobre su cabeza la constante amenaza de usted. El lo merece: créalo, Domínguez. Después de dos años de vida ejemplar, de trabajo honradísimo, se ha rehabilitado por completo. Reside en Barcelona —tal vez lo supiera usted—y está empleado en una casa importante: la de Ripoll.

DOM. La conozco.

EMILIA Su conducta es intachable y ocupa un cargo excelente. Su carta termina con estas palabras: «Es preciso, absolutamente preciso, que veas al señor Domínguez y le hagas acceder a tus súplicas... a nuestras súplicas, pidiéndolo con la mayor humildad, si esto basta... o exigiéndolo con energía, si fuese necesario...» Yo quisiera conseguir lo que deseamos sin provocar mi exasperación .. que sería inútil, lo reconozco, y también sin obligarme a que me humille demasiado...

DOM. Si viera usted lo enojosa que es la situación que usted me crea...

EMILIA De usted, sólo de usted, depende salir de ella cuanto antes.

DOM. Demasiado sabe usted que no... Crea usted que si me he resignado a desempeñar este papel, tan poco agradable, de carcelero de ustedes, ha sido, únicamente, en obediencia a una voluntad sagrada, por ser la última de un hombre que, más que amigo, fué un hermano para mí. Ya sabe usted que fuí albacea del pobre Torralba. Pero, prescindiendo de su testamento público, y por encima de él, yo le prometí respetar esta voluntad suya, que no podía ser consignada, naturalmente, en las cláusulas de un documento notarial, pero que a él le interesaba más que cualquier otra. ¿Qué quiere usted? Acaso esté equivocado; pero creo que cuando se ha hecho una promesa de esta índole, hay la obligación ineludible de cumplirla.

EMILIA ¿En todo caso?

DOM. En todo caso.

EMILIA ¿Aun tratándose de una voluntad cruel? ¿Injusta? ¿Inicua?

DOM. ¡Qué mal juzga usted a su pobre marido!

EMILIA No es a él a quien juzgo mal, sino a usted, que se presta a servir de instrumento a su

odio, legítimo en él, lo reconozco, pero intransferible a ninguna otra persona. Hay amenazas que, si las dirige un marido, representan el ejercicio de un derecho. Pero en labios de un extraño, tienen toda la apariencia de un «chantage».

DOM. (Dulcemente.) ¿No sería más sencillo, por parte de usted, pensar que esta misión que he heredado no es de venganza, sino más bien de simpatía, de protección para usted?

EMILIA (Le mira sin contestar.)

DOM. Esta es la verdad, Emilia... oígame sin prejuicios de ningún género. Su marido murió preocupado, hondamente preocupado por el porvenir de usted, a quien había seguido queriendo... Pensaba él que... ese hombre, abusaría de la pasión que había inspirado a usted, para apoderarse legalmente de su fortuna, haciendo de usted una mujer desdichada. En estos móviles se inspiraba su marido y en ellos sigo inspirándome yo, puesto que comparto en un todo la convicción y los presagios del pobre Torralba.

EMILIA (Con voz sorda.) Con todas estas explicaciones, habrá bastante para salvar la conciencia de usted, pero no mi porvenir.

DOM. ¡Oh! Por lo que a eso se refiere, no tenga usted el menor cuidado. Todo mal lleva consigo su remedio. El delito que cometió el señor Arnaldo en perjuicio de la Casa Torralba y Domínguez, prescribe, con arreglo a las leyes, en un período de diez años. Ya han transcurrido dos. Dentro de otros ocho, mi denuncia no tendría efecto legal. Ya me figuro que ocho años son ocho siglos para el que espera y ama. Pero también representan sólida garantía de tenacidad y fe. Dentro de ocho años, el arma que ahora constiye la pesadilla de ustedes, se habrá roto entre mis manos. Y, si continúan ustedes queriéndose, no será demasiado tarde para que sean dichosos... o bien—¡no lo permita Dios!—para que sufra usted un desengaño que la cure de esta pasión malhadada.

EMILIA ¡Vaya! Las últimas palabras de usted, dan al traste con el efecto sentimental que encerraban las anteriores. No es la bondad lo que le inspira a usted, sino el odio.

DOM. (Levantándose como dando por terminado el diálogo.) Quedamos, pues, en que soy un malvado. Qué hemos de hacerle.

EMILIA Un malvado, no. Pero sí un inconsciente.

DOM. ¿Cree usted?...

EMILIA Sí; porque piensa usted—de buena fe, no lo dudo—que su conducta obedece al deseo de cumplir un deber, cuando lo que le impulsa, en realidad, es el ansia de castigarme porque en otro tiempo no le quise.

DOM. (Descompuesto.) ¡Eso es falso! Sería yo un canalla...

EMILIA No... Sería usted un hombre. Nada más. Y a esto precisamente aludía yo hace un instante, cuando le acusaba de hacerme víctima de un «chantage»... Pero tampoco entonces se me ocurrió pensar que era usted un malvado. Ninguna mujer desprecia al hombre que la desea, aunque llegue a cometer por su culpa algún acto reprobable... Con doble motivo, yo, que sólo aliento por una pasión, he de absolver al que procede a impulsos de un sentimiento análogo.

DOM. ¡Lo que usted supone es absurdo! ¡Totalmente absurdo!

EMILIA Está usted negando una verdad que le da miedo; pero no por eso deja de ser verdad. Yo conservo cuidadosamente una carta de usted, la última que me escribió para disuadirme de mi boda con Torralba, que es una amenaza encubierta para mi porvenir.

DOM. Al conservar esa carta ha cometido usted una mala acción.

EMILIA No tan mala como la de usted al escribirla.. Vea usted de qué está hecha su virtud: de apariencias tan solo. La virtud de usted no es más que hipocresía.

DOM. Diga usted más bien que es voluntad.

EMILIA ¿Voluntad?.. Luego entonces, reconoce usted que todavía... Mire usted, Domínguez, yo prefiero la sinceridad, por cruda que sea, a las medias palabras... He venido aquí dispuesta a todo, con tal de quedar libre de la esclavitud a que me tiene usted sometida. Impóngame claramente sus condiciones. Lo prefiero. Hágase cuenta de que no soy la viuda de Torralba, sino la Emilia de otro tiempo, a la que podía hablarse con fran-

queza... Un poco mejor vestida, con cierta educación superficial... pero en el fondo, la Emilia de antes. Hable usted, hable usted...

DOM. Por Dios... Pueden oirnos... (Mira pavorosamente en derredor suyo; va hacia la puerta del foro, mira al exterior, y luego la cierra. Al volver la cabeza, ve el rostro de Emilia iluminado por una expresión de triunfo. Entonces se arrepiente, abre de par en par la puerta del foro y se aproxima de nuevo a Emilia en actitud fría, serena. Emilia no deja de seguirle con la mirada. Su rostro va expresando alegría, ansiedad, duda, cólera, al fin, al verse defraudada.) No, señora. Ya no tenemos nada que decirnos.

EMILIA (Con voz sorda, de ira y despecho.) ¿Esta es la última palabra de usted?

DOM. La última.

EMILIA Adiós.

DOM. Adiós. (Vase Emilia por la izquierda. Domínguez la despide desde la puerta. No bien sale ella, se vuelve a la puerta del foro.)

ESCENA V

DOMÍNGUEZ, ADELA, LOLA, JORGE BERNALDEZ y ALFREDO; luego, DONCELLA

DOM. (Desde el umbral del foro.) Ya pueden pasar. El campo está libre.

LOLA (Entrando.) ¿Terminó por fin la entrevista?

DOM. Completamente.

ADELA ¿Se fué ya esa... señora?

DOM. Se fué.

ADELA ¡Sin despedirse de mí! (Contrariada.)

DOM. No llevaba humor de despedidas.

ADELA Cuéntame la verdad: ¿de qué habéis hablado?

DOM. (Receloso.) ¿De veras no lo has oído?

ADELA Mi palabra... Que te diga papá si me he separado de ellos ni un segundo...

DOM. Si lo creo, mujer.

ADELA Pues, dime una sola cosa: ¿Le has devuelto sus papeles?

DOM. No.

ADELA ¡De modo que también ahora te has negado! Y, ¿por qué te has negado?

DOM. Mujer, sería muy largo de explicar... Ya

puedes comprender que cuando lo hago, tendré mis razones.

ADELA ¡Ah, tus razones! Eso, eso es precisamente lo que a mí me interesa. Razones que no serán muy nobles cuando son inconfesables. Pues mira, es preciso, absolutamente preciso, que esa mujer no vuelva a pisar esta casa.

DOM. Yo te respondo de que no volverá.

ADELA Muy convencido lo dices... ¡Claro! Aunque ella no vuelva, ¿quién me asegura que no vas tú a buscarla?

DOM. ¡Yo!

ADELA ¡Sí! ¡Tú! ¡Tú!... Siempre vuelve uno a su primer amor...

DOM. ¡Acabáramos!... Por lo visto, esa mujer te ha llenado la cabeza de historias rancias y ridículas.

ADELA Serán rancias y ridículas, pero son verdaderas.

DOM. (Enojado, deseoso de terminar el incidente.) En resumidas cuentas; ¿qué es lo que quieres que yo haga?

ADELA Que devuelvas a esa mujer sus papeles y con ellos su libertad... Lo que ella pide... Qué sé yo... Lo único que sé es que soy desgraciada, muy desgraciada... (Se sienta y llora, ocultando el rostro entre las manos.)

(Domínguez se la queda mirando un instante y luego comienza a pasear por la habitación, muy enojado.)

LOLA (Acercándose a Domínguez.) Oye, Eugenio, ya sabes que no acostumbro a intervenir en vuestras rencillas, y que procuro darte la razón cuando se trata de caprichos de niña mimada... Pero esta vez, perdona que te lo indique, se me figura que no la faltan motivos para... ¿Qué te parece a ti, Jorge? (A su marido, que, en un rincón, cuchichea con Alfredo.)

JORGE (Aproximándose.) ¿Qué quieres que te diga? Claro, que... Pero, yo...

DOM. Les doy a ustedes mi palabra de que no tienen fundamento las suspicacias de Adela.

JORGE Eso creo yo también. Pero, a veces, las apariencias... Sobre todo, en esta clase de asuntos...

LOLA Si tú eres el primer interesado en quitarte de encima ese quebradero de cabeza... (Domínguez se pasea de nuevo, muy nervioso. Lola se aproxima a Adela.) Vamos, vamos; tontina...

ALF. (Aparte, a Domínguez.) Encárgame a mí de liquidar este asuntillo.. No sabes tú mis aptitudes para despachar con las mujeres guapas...

DOM. (Se para. Mira a Adela. Luego se sienta ante un pequeño escritorio, y dice:) Mucho me equivoco, o estais induciéndome a cometer una mala acción .. Pero, en fin, ya que os empeñais...

ADELA (Se levanta de un brinco, va corriendo hacia Domínguez, y le abraza furiosamente.) ¡Ay, Eugenio! ¡Gracias, alma mía, gracias!

DOM. Bueno: estate quietecita y déjame escribir...

ADELA Sí, hijo mío, no faltaba más. Escribe todo lo que haga falta. ¡Qué bueno eres y cuánto te quiero!

DOM (Sin contestarla, empieza a escribir.) «Muy señora mía: Tenga la bondad de pasarse por mi despacho mañana por la mañana, de once a doce, para que arreglemos definitivamente el asunto que usted sabe...» (Sigue escribiendo.)

LOLA (A Adela.) ¿Estás contenta ya, chiquilla?

ADELA ¡Ya lo creo! Contentísima. Soy feliz, muy feliz.

DOM. (Cierra el sobre, escribe las señas y se levanta.) Aquí tienes la carta. Encárgate tú misma de enviarla a su destino.

ADELA (Cogiéndola.) Inmediatamente.

ALF. ¿Queréis que yo la lleve?

LOLA ¡No faltaba más!

DOM. Pero te advierto que en lo sucesivo será muy conveniente para todos, que suprimas estas escenas de celos.

ADELA (Volviéndose a mirarle con ingenua sorpresa.) Pero ¿es que crees que soy celosa?

DOM. ¡No! ¿Qué he de creer, hija mía?

ADELA ¿Oyes, mamá? ¡Pues no dice que soy celosa!

LOLA Pero ¿tienes valor todavía?...

ADELA Pues palabra que no...

JORGE Más vale dejarla por imposible...

ADELA Pero si lo estais viendo ahora mismo. Voy a mandar que lleven esta carta, sin cerciorarme siquiera de si su contenido es tal y como nos ha dicho Eugenio. ¿No es una prueba de confianza en mi marido?

DOM ¡No: si no hay otra como ella!

ADELA De ser yo celosa, es claro que no haría esto. Porque tendría que ver que yo, yo misma,

te estuviese proporcionando una entrevista pecaminosa... ¡Sería estupendo, inaudito!

DOM. (Desalentado.) ¡Todo sea por Dios!

ADELA Y sin embargo, nada. Ya lo veis. Toco el timbre. (Lo hace.) Acude la doncella. Aquí está.

DONC. (Entrando.) ¿Qué manda la señorita?

ADELA Que lleven inmediatamente esta carta. ¿Has puesto las señas? (Lo mira.) Sí... (La Doncella se va.) Por lo visto, te sabes las señas de memoria...

DOM. Pero, hija mía..

ADELA ¡Nada, hombre, nada! ¿No me ves? Más tranquila...

DOM. ¡Qué me vas a contar, mujer! ¡Eres lo que se dice un fenómeno!

LOLA Vaya, lo que hace falta es no hablar más del asunto.

JORGE Eso es lo mejor.

ADELA Por mí...

DOM. Más cuenta nos tendrá a todos. Pero antes he de hacerte una advertencia, y muy en serio. He cedido a tus lagrimitas de ahora, como cedí ayer a otro capricho tuyo, como tal vez vuelva a ceder mañana, porque te quiero...

ADELA ¡Eugenio, vida mía!...

DOM. Pero ten cuidado, porque el juego es peligroso. Siempre que un marido sacrifica algo que él cree justo en aras de los caprichos de su mujer, acaba por poner en peligro, sin darse él mismo cuenta exacta, la buena armonía conyugal.

ADELA ¡Ay, Dios mío! ¿Es que ya no me quieres?

DOM. Sí, te quiero; pero no debes abusar de mi condescendencia.

ADELA Es que yo... yo...

DOM. Tú, desde ahora en adelante, dejarás de ser una niña caprichosa para convertirte en una mujer que discurre. ¿Estamos?

ADELA (Lloriqueando.) Sí, Eugenio.

DOM. Perfectamente. Pero discurriendo como Dios manda. ¿Estamos?

ADELA Sí, sí: descuida. Además... se me acaba de ocurrir otra idea.

DOM. ¿Otra idea? ¡Pues nos hemos lucido!

ADELA (Muy alegre.) Pero hombre, si esta tiene mucha gracia... Verás. Se me ha ocurrido que

tengo un medio completamente seguro para evitar que vuestra entrevista de mañana tenga consecuencias... desagradables para mí.

DOM. ¿Todavía con esas?

LOLA ¡Pero, Adela, por Dios!...

ADELA Dejad que hable... Si es muy sencillo... y tiene mucha gracia...

DOM. Bueno, sepámoslo... Dilo ya de una vez.

ADELA Nada: lo que se dice una perogrullada, de puro sencilla... Mientras tú estás hablando con ella en tu despacho, yo me siento a esta mesita...

DOM. (Tranquilizándose.) ¡Ah! ¡Perfectamente!

ADELA Espera, hijo... Y, cada...—sí: puede que sea bastante —, cada dos minutos, ¡triiiin! te llamo al teléfono. ¿A que no me la pegáis así?

(Bernáldez, Lola y Alfredo, se van hacia el foro, y ríen desaforadamente.)

DOM. (Se desploma sobre una butaca, y dice con acento de cómica desesperación.) ¡Incorregible! ¡Incorregible, por mi desgracia! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del Prólogo. Faltan las mesas de Torralba y de Arnaldo. Sobre la de Domínguez, está el teléfono.

ESCENA PRIMERA

MÉNDEZ; en seguida DOMÍNGUEZ

Méndez está colocando unas cartas sobre la mesa de Domínguez cuando éste entra por el foro

DOM. ¿Ha venido alguien?

MÉNDEZ Nadie. Aquí tiene usted el segundo correo.

DOM. (Dejando sobre una silla el abrigo y el sombrero) Bien. Oiga usted, Méndez: a eso de las once vendrá la viuda de Torralba.

MÉNDEZ (Sonriendo.) Entendido.

DOM. No. Esta vez, no. Hoy he dispuesto otra cosa.

MÉNDEZ Entonces la digo que está usted en el despacho.

DOM. Eso es. Y la hace usted pasar.

MÉNDEZ Perfectamente. ¿Desea usted algo más?

DOM. No. Puede usted retirarse. (Vase Méndez. Al quedar solo Domínguez echa una mirada a las cartas, sin abrirlas; se aproxima a la caja de caudales, saca de ella un gran sobre, cierra la caja, se acerca a la mesa, coloca en ella el sobre y empieza a abrir las cartas. Llaman al teléfono.) ¿Quién habla?... ¡Ah! ¿Eres tú, Adela? Has empezado demasiado pronto... ¡Pero si todavía no han dado las once!... Hazme caso y déjate de tonterías;

las bromas largas resultan pesadas... No, nada más que por eso... Ya lo sé, ya lo sé... ¡Toma! Porque sé muy bien que es por cariño, que si no... Bueno, pero no vuelvas a empezar, ¿eh? Adiós. Sí, descuida; no tardaré. (Quita la comunicación y vuelve a repasar la correspondencia.)

ESCENA II

DOMÍNGUEZ, el ORDENANZA, luego RIPOLL

ORD. (Entregando a Domínguez una tarjeta.) Este señor pregunta por usted.

DOM. (Lee la tarjeta.) «Juan Ripoll. Barcelona.» ¡Ah! Que oportunidad. (Pausa.) Que pase. (El Ordenanza se dispone a salir.) Espera. Si viene la señora viuda de Torralba mientras este caballero está conmigo, ruégala que espere un momento y ven a avisarme.

ORD. Está bien. (Vase.)

DOM. (Pensativo.) ¡Ripoll aquí!... Es chocante esto. (Entra Ripoll precedido por el Ordenanza, que se va en seguida.) Adelante, señor Ripoll.

RIPOLL ¿Es el señor Domínguez a quien tengo el gusto...? (Habla con marcado acento catalán: no se indica en el diálogo la pronunciación figurada, que queda encomendada al actor.)

DOM. Sí, señor. Pase. Siéntese.

RIPOLL Moltísimas gracias. Hace unos cuantos años cruzamos varias cartas con motivo de un negocio...

DOM. En efecto. Lo recuerdo perfectamente. Aún vivía por entonces mi socio, el pobre Torralba.

RIPOLL Aixó mateix. Por cierto que sentí mucho que no fuese posible llegar a un acuerdo... Pero los negocios son los negocios... Lo cual no quita para que en otra ocasión... Digo, al menos por mi parte...

DOM. Y por la mía también. De modo, que se trata de otro negocio...

RIPOLL No, no, señor; ahora, no. Me he permitido molestarle para solicitar de usted un favor... si no tiene inconveniente...

DOM. Por el contrario, mucho gusto. Usted dirá.

RIPOLL Se trata únicamente de unos informes que usted puede darme. Hará cosa de un año, tomé como empleado de mi casa un muchacho procedente de Madrid...

DOM. (No puede reprimir una exclamación de sorpresa.) ¡Ah!...

RIPOLL ¿Cómo?

DOM. Nada, nada. Siga usted.

RIPOLL El muchacho me enseñó unos documentos acreditando su honradez y capacidad, y sobre esta base no tuve inconveniente en admitirle. Y en realidad no tengo queja de él. Es listo, trabajador, muy serio...

DOM. ¿Entonces...?

RIPOLL Qué más puedo pedir, ¿verdad? Pues ahí verá usted. No deja de tener fundamento el paso que doy. Hace algún tiempo el muchacho estaba arreglando unos papeles de su pupitre, cuando se le cayó al suelo una hoja que llevaba el membrete de la casa Torralba y Domínguez.

DOM. ¡Ya!

RIPOLL Claro es que la cosa no tenía ni una mica de importancia. Pero luego se me ocurrió que si esa hoja estaba en su poder, es porque él había servido en esta casa. Suposiciones, ¿sabe? Conjeturas. Pero yo soy bastante perspicaz y me fijo en todo.

DOM. Solo que en eso no había nada malo... creo yo.

RIPOLL En absoluto. Al contrario. Naturalmente. Lo malo, en todo caso, sería la ocultación de esa circunstancia. Si estuvo empleado en una casa tan importante y honorable como esta, y lo calla... sus razones tendrá para callarlo.

DOM. Razones... lamentables, claro es.

RIPOLL Exactamente. Veo que usted también es perspicaz.

DOM. De modo, que usted viene a verme para que yo le informe.

RIPOLL Exactísimo. Da gusto hablar con personas que se hacen cargo... He dejado transcurrir algunos meses desde entonces, porque los certificados que me exhibió eran satisfactorios y su buena conducta excusaba la necesidad de más aclaraciones. Pero ahora, recientemente, ha sobrevenido un hecho ines-

perado que me obliga a dar este paso cerca de usted.

DOM. Comprendido... Algo verdaderamente serio que ha hecho el individuo ese...

RIPOLL Y tan serio, sí, señor... Y tan serio...

DOM. De modo que ya es tarde para remediarlo...

RIPOLL Ahora no me ha comprendido usted. Lo que ha hecho el muchacho en cuestión es cosa seria, ¿sabe?, pero perdonable... Se ha enamorado de mi hija.

DOM. ¡Qué me dice usted!

RIPOLL Pero eso era lo de menos. Lo más grave es que también mi hija se ha enamorado de él.

DOM. ¡Entonces están ustedes de enhorabuena!

RIPOLL ¡Miri! Sí. ¿Para qué decirle otra cosa? Yo no tengo prejuicios en ese terreno. He subido de la nada, como quien dice, y no puedo rechazar al que empieza como yo empecé. Solo tengo una hija, que ha de heredar íntegra mi fortuna, no despreciable...

DOM. Ya, ya sé...

RIPOLL ¡Oh! No es ninguna millonada; lo suficiente para vivir con holgura. Tampoco aspiro a tener un yerno capitalista. Me basta con un hombre de bien que quiera a mi hija y se haga querer por ella... y de paso me ayude a manejar mi industria, que será para ellos algún día... Y esto es todo. Ya comprenderá usted que los informes que pueden bastar para admitir un empleado no son suficientes para sancionar un yerno.

DOM Indiscutible.

RIPOLL Por eso vine a Madrid, donde estoy hace unos días. Los datos recogidos hasta ahora son excelentes. Pero recordando aquella hojita con el membrete de esta casa, he considerado un deber, aun a riesgo de molestar a ustedes...

DOM. Dígame usted cómo se llama la persona en cuestión.

RIPOLL Felipe Arnaldo Muñoz, natural de Madrid, veintiséis años, soltero...

DOM. (Instintivamente, echa mano del sobre que tiene encima de la mesa.) ¡Ah!... (Reflexiona un instante, dando vueltas al sobre, nerviosamente.) Me suena ese nombre, en efecto.

RIPOLL Sí, ¿eh?

DOM. Es más: casi tengo la seguridad de que hubo en casa un empleado de ese apellido.

RIPOLL Ya, ya...

DOM. (Suelta el sobre.) Pero... el caso es que quien dirigía entonces el personal de la casa era mi amigo y socio Torralba.

RIPOLL (Contrariado.) ¡Mire qué tal!

DOM. Por eso, yo, la verdad, nada puedo decirle ahora.

RIPOLL Comprendido, comprendido.

DOM. Sin embargo...

RIPOLL ¿Sin embargo?...

DOM. Acaso pueda proporcionar a usted los informes que desea...

RIPOLL ¡Ah! ¿De veras? ¿Por qué medio?

DOM. Preguntando a la viuda de Torralba, que tal vez recuerde...

RIPOLL ¡Ah! ¿Sigue usted cultivando el trato con esa señora?

DOM. Sí; nos vemos alguna que otra vez.

RIPOLL ¡Ya!

DOM. También tenemos otro medio: preguntar al empleado más antiguo de la casa, que es de quien dependía inmediatamente ese señor... Arnaldo... ¿No es Arnaldo como ha dicho?

RIPOLL Sí; Felipe Arnaldo Muñoz, natural de Madrid, veintiseis años, soltero..

DOM. Solo que en este instante, el empleado de que le hablo, no está en casa.

RIPOLL ¡Demonio, demonio!...

DOM. Pero volverá de un momento a otro.

RIPOLL En ese caso...

DOM. Tan pronto como regrese, yo le preguntaré, para comunicarle a usted lo que haya. ¿Puede usted volver?

RIPOLL ¡Ya lo creo! A su disposición todo el día.

DOM. Sin embargo... Más vale... ¿Dónde se hospeda usted?

RIPOLL En el Hotel Mundial. A todo lujo. Un poquito caro, ¿sabe?, pero ¿qué demonio? Se puede, gracias a Dios.

DOM. Bien. ¿Va usted al Hotel ahora?

RIPOLL Sí, porque quiero preparar el equipaje antes de la hora de comer. Mi deseo es partir esta tarde.

DOM. Pues bien; antes de una hora comunicaré a usted por teléfono el resultado de mis gestiones.

RIPOLL Gracias, de todo corazón.

DOM. No hay de qué. Sobradamente comprendo la importancia que tiene para usted el asunto.

RIPOLL ¡Imagínese usted, mi querido amigo!

DOM. Y para su hija, no digamos. ¿Muy joven?

RIPOLL Veinte años recién cumplidos.

DOM. ¿Enamorada?

RIPOLL ¿Que sí está?... ¡Loquita perdida!

DOM. ¡Claro! Tan jóvenes los dos...

RIPOLL Y guapos, por añadidura. Mi hija, no es porque yo lo diga, ¿sabe?, pero es encantadora... Dicen que es mi retrato, pero esto no es una razón, naturalmente. Y en cuanto a Felipe, no puede negarse que tiene atractivo y simpatía... La verdad, yo estoy satisfecho. Voy sintiéndome algo cansado, y necesito quien me ayude. Nadie mejor que él. Dentro de algún tiempo le entregaré la dirección de mi casa, y yo, libre y feliz, ¡apa!, a viajar...

DOM. ¿Es usted aficionado a los viajes?

RIPOLL Con decirle a usted que llevo treinta años sin moverme de Barcelona... ¡Tengo unas ansias de ver más mundo!

DOM. Es muy natural.

RIPOLL Por otra parte, y dicho sea en el seno de la confianza, siempre me ha gustado la vida... ¿cómo diría yo?... mundana, movidita... ¡qué diablos!, alegre... Pero, las circunstancias me han hecho envejecer en mi fábrica, lejos de todo lo que pueda hacer amable la existencia... Y ahora, tal vez sea demasiado tarde para empezar a vivir de nuevo...

DOM. ¿Qué ha de ser tarde? Aún le queda a usted mucho tiempo de divertirse.

RIPOLL ¡Miri! La verdad... Yo lo dudaba; pero me he convencido de ello en los días que llevo en Madrid... ¡Qué días, mi distinguido amigo! .. Y ¡qué noches!...

DOM. (Riendo.) ¡Vaya, vaya con el amigo Ripoll!

RIPOLL ¿No le parece a usted que hago bien? Pasa uno años y años guardando dinero... ¡Perfectamente! Pero llega un día en que hay que pensar en gastarlo. Me he quitado veinte años de encima desde que estoy en Madrid.

DOM. ¡Claro! Al verse solo...

RIPOLL Naturalmente. En Barcelona, ¿sabe?, por aquello de que vivo con mi hija... Y antes, en vida de mi señora, no le quiero a usted decir...

DOM. Sería usted un marido ejemplar...

RIPOLL ¡A la fuerza ahorcan! Pero ahora, viudo, con la hija casada... ¡viva la juerga!... Pienso hacer de Madrid mi centro de operaciones.

DOM. Nada, que va usted a correrla en grande.

RIPOLL Se hará lo que se pueda... Si no corro, iré al paso... Pero me desquitaré del tiempo perdido. Pero, con mi charla, le estoy entreteniendo a usted demasiado. (Se levanta.) Me voy a la fonda, y allí me quedaré esperando sus noticias.

DOM. Dentro de media hora, a lo sumo, las tendrá usted.

RIPOLL Pues tantísimo gusto... (Llaman al teléfono.)

DOM. Permítame un momento... (Se acerca al aparato.) ¿Quién?... ¡Ah! ¿Otra vez tú? Me lo figuraba... Pero, ¿es que piensas seguir la bromita?... No, ya no estoy solo... Es un señor. Sí, un hombre... Todo lo más hombre que te puedas imaginar.

RIPOLL Moltísimas gracias.

DOM. ¿Estás tranquila ya? (A Ripoll, riendo.) Es mi mujer, que me vigila telefónicamente... (Al teléfono.) ¿Qué? ¿Que no lo crees? Espera un momento... (A Ripoll.) Señor Ripoll, haga el favor: acérquese al aparato... y hable usted...

RIPOLL (Riendo.) Tiene gracia... Con mucho gusto. (Se acerca al aparato y habla por él.) Para servir a usted, señora... Voz completamente varonil, como usted observará. La edad no importa. ¡Por Dios! Es usted demasiado amable. Yo, yo soy quien tiene que darla a usted las gracias... Tiene usted una voz encantadora... A juzgar por ella, se puede suponer el resto...

DOM. (Quitándole el receptor de la mano.) Bien, basta ya.

RIPOLL (Haciendo reverencias al aparato.) A los piés de usted. (A Domínguez.) Es de veras: por la voz de una mujer, telefoneando, yo calculo...

DOM. (A Ripoll.) Permítame. (Al teléfono.) Adiós, hija. Pero te advierto que ahora mismo voy a dejar descolgado el aparato, de modo que, si quieres, puedes seguir llamando hasta la

hora de comer... Y cuando vuelva a casa, descuida, que te voy a tirar de las orejitas... ¡Adiós! (Se retira del teléfono, dejando descolgado el receptor. A Ripoll.) Y usted perdone la broma...

RIPOLL ¡Por Dios! Si ha tenido moltísima gracia...

ESCENA III

DICHOS, el ORDENANZA

ORD. ¿Se puede?

DOM. Adelante.

ORD. Ha venido la señora a quien usted esperaba.

DOM. Bien. Que aguarde un momento.

RIPOLL No, no, si yo me voy ahora mismo...

DOM. Hasta dentro de un rato, pues.

RIPOLL En usted confío. (Guiñando un ojo.) Con franqueza... ¿Es por esto de la visita por lo que ha dejado usted descolgado el receptor?

DOM. ¡Por Dios! ¡No faltaba más! Nada de eso.

RIPOLL ¿Que no? ¡Hum!... Ya sabe usted mi perspicacia.

DOM. Pues palabra que...

RIPOLL (Riendo al tiempo de irse.) ¡Nada! ¡Si no quiero saber nada!... Mientras vivió mi señora, ¡cualquier día me franqueaba yo con nadie!... Conque nada le digo, ¿sabe? Juan Ripoll Vilademunt, grandes filaturas en Tarrasa, Casa central en Barcelona. Deseando servirle... ¡Adeu!

DOM. (Al Ordenanza.) Que pase esa señora.

ESCENA IV

EUGENIO DOMINGUEZ y EMILIA

EMILIA (Entrando.) He recibido su carta...

DOM. (Saliendo a su encuentro.) Y la habrá interpretado, naturalmente, como un triunfo para usted... Pero siéntese, haga el favor.

EMILIA (Sentándose.) Gracias... Si acaso, el triunfo no sería mío...

DOM. Sino de la justicia... (Bromeando.) Claro está.

EMILIA ¿No es así?

DOM. Dejémonos de discusiones, si a usted le parece... Ya comprenderá usted que no ha

sido por seguir mis impulsos y mis convicciones por lo que me he resuelto a abrirle a usted la puerta de lo que usted llama su prisión .. Vamos, no me mire usted así. En este momento somos dos adversarios que ya no pelean. Algo así como dos que acaban de batirse, y pueden darse un apretón de manos, reconciliándose sobre el terreno... Ayer me ha tendido usted dos pequeñas y elegantes celadas sentimentales...

EMILIA ¡Por Dios!

DOM No vale negarlo... La una, directamente; y la otra, por conducto de tercera persona...

EMILIA Pero ¿cómo puede usted suponer?...

DOM. (Siempre bromeando.) Y usted, ¿cómo puede negar?...

EMILIA (Con acento de cómica modestia) Si acaso el éxito ha soprepujado mi intención. .

DOM. Por lo que se refiere a mi mujer, en efecto... En cambio, por lo que a mí se refiere...

EMILIA (Seria.) ¿Qué quiere usted decir?

DOM. Nada que pueda molestarla. El hecho es que me doy por vencido, y rindo las armas sin condiciones. (Entregando a Emilia el sobre con los documentos.)

EMILIA (Cogiendo el sobre con gran alegría.) Gracias, Domínguez... Muchas gracias... Y permítame que le felicite por el aire tan .. placentero con que se rinde usted...

DOM. No diría usted lo mismo si la rendición se hubiese efectuado hace media hora.

EMILIA ¿Por qué?

DOM. Pues, sencillamente, porque desde entonces ha sobrevenido un hecho por completo inesperado, quitándome todo motivo para lamentar la derrota. Gracias a ese suceso providencial, puedo complacer a usted sin que la tranquilidad de mi conciencia se altere lo más mínimo.

EMILIA No comprendo...

DOM. ¿Qué es lo que me impedía complacer a usted?

EMILIA Su deber, según usted decía.

DOM. Exacto. Pues bien, ahora ya no tengo ningún deber que cumplir.

EMILIA No sé lo que dice... Explíquese mejor...

DOM. Ante todo: ¿qué es lo que piensa usted hacer con esos papeles?

EMILIA Enviárselos a él inmediatamente.

DOM. ¿Sin vacilaciones de ninguna clase.

EMILIA ¡Con todo entusiasmo!

DOM. ¿De modo que al recobrar usted su libertad, no ha sentido atenuarse la pasión que la dominaba?

EMILIA Naturalmente que no... Pero ¿por qué?...

DOM. Es que yo me figuraba que influía en usted, ante todo, el aliciente de lo imposible, el afán de la fruta prohibida. . Ya usted ve: desde Adán y Eva, siempre sucede lo mismo..

EMILIA ¡Ah! Pues a mí no. ¡En absoluto!

DOM. Lo siento por usted. Entonces... ¿va usted a remitirle en seguida esos papeles?

EMILIA En cuanto vuelva a mi casa.

DOM. Mire usted, Emilia, yo no puedo consent.r que envíe esa carta sin que antes sepa toda la verdad.

EMILIA Pero, ¿es que hay todavía en este asunto alguna verdad que yo desconozco?

DOM. Sí. Acabo de saberla hace pocos minutos. Y tendría usted mucha razón para quejarse de mí si la consintiera salir de esta casa sin habérsela revelado.

EMILIA (Recelosa.) ¿Es algo que se refiere a mí, por lo visto?

DOM. Exclusivamente a usted.

EMILIA (Dejándose caer en un sillón, espera con ansiedad.) Dígame, pues.

DOM. Al entrar, habrá usted encontrado en la antesala a un señor que salía.

EMILIA En efecto.

DOM. Ese señor era don Juan Ripoll.

EMILIA ¿Ripoll?

DOM. Sí, el fabricante de Barcelona.

EMILIA ¿El jefe de Arnaldo?

DOM. El mismo. Aquí tiene usted su tarjeta. (Se la entrega.)

EMILIA (La lee y se la devuelve.) ¿Y qué quería?

DOM. Hablarme de él.

EMILIA Pero, ¿con qué motivo?

DOM. Para pedirme determinados informes acerca de su amigo de usted.

EMILIA ¡Pero si lo tiene empleado en su casa desde hace más de un año!

DOM. Replicaré a usted con las mismas palabras que acaba de decirme: «Los informes que

pueden bastar para admitir a un hombre como empleado, no son suficientes para permitirle que ingrese en el propio hogar».

EMILIA ¡En el propio hogar!

DOM. Se me olvidaba un detalle. Ripoll tiene una gran fortuna... y una hija única.

EMILIA (Queda anonadada: por más que se esfuerza, no consigue hablar sino balbuceando.) ¡No... no... no!...

DOM. Ya comprenderá usted de qué informes se trata.

EMILIA (Como antes.) ¡Eso es falso! ¡Falso! ¡No puede ser!

DOM. Serénese usted, por Dios.

EMILIA Es una infamia... una más de las muchas que tengo que agradecer a usted. La carta que me ha escrito... esta entrevista... su alegría de hace un momento... Todo me indica que se trata de una vileza sin nombre.

DOM. Cálmese, Emilia, se lo ruego una vez mas.

EMILIA A saber lo que habrá en este sobre. Probablemente no contendrá más que los recortes de papel de que suelen valerse todos los estafadores. (Con mano convulsa abre el sobre.)

DOM. Vea usted... véalo. Son papeles, en efecto... que contienen las firmas de Torralba y mía, falsificadas por Felipe Arnaldo. ¿Lo ha visto usted? ¿Se ha convencido ahora?

EMILIA (Mira los papeles y luego a Domínguez, como idiotizada.)

DOM. Y ya, puesta a devolverle las pruebas de su falsedad, envíele usted también las cartas que él la ha dirigido en estos últimos meses... sobre todo la de ayer. Porque me figuro que ahora verá usted claro su juego. Ese hombre ha explotado, hasta el último instante. la pasión que usted sentía por él... ¿Comprende usted con cuánta razón queríamos defenderla de un infame?

EMILIA (Mira en derredor suyo, como atontada, y de pronto rompe a llorar desconsoladamente.)

DOM. (La contempla un instante en silencio, con profunda compasión.) Ahora sufre usted mucho, lo comprendo... Pero acaso mañana empiece a reconocer que ese miserable no merece ni una sola de sus lágrimas.

EMILIA Tiene usted razón... Pero si yo no lloro por haberle perdido, sino por el derrumbamiento de una ilusión tan grande, tan arraiga-

da... Y también lloro de rabia... Pero no: ya no quiero llorar más. Vea usted: ya no hay lágrimas en mis ojos. Ahora, dígame todo lo que sepa. Todo; todo.

DOM. Pero si no sé más que lo que acabo de decirla. Que Arnaldo se casa con la hija de Ripoll. Desconozco otros detalles.

EMILIA Pero esos informes que le ha pedido... y que usted le habrá dado, naturalmente...

DOM. Se equivoca usted. No he hecho más que prometérselos, y él los aguarda.

EMILIA ¿Para cuándo?

DOM. En seguida. Espera en el Hotel Mundial, donde está hospedado. Hemos convenido que le telefonearé.

EMILIA Pero, ¿cómo no le ha dado usted los informes en el acto?

DOM. Antes, quería hablar con usted.

EMILIA Sin embargo, los documentos estaban en sus manos...

DOM. Desde ayer no son míos: los tengo en depósito nada más. Son de usted. Además, ¿para qué había de hacer uso de ellos?

EMILIA ¡Para que se sepa la verdad! ¡Para cumplir una obligación!

DOM. ¡Lo que yo decía antes: lo que a usted tanto la indignaba!

EMILIA ¡Es que entonces yo defendía mi libertad! Pero ahora el caso es distinto. Esos documentos me pertenecen: usted acaba de decirlo, ¿verdad? Pues bien, yo me encargo de sacar partido de ellos.

DOM. Creo que debe usted pensarlo, Emilia... Y sobre todo, puntualizar el sentimiento que la impulsa... ¿Es por favorecer a una muchacha a quien usted no conoce? (Emilia se encoge de hombros.) ¿Por espíritu de justicia? ¿O, simplemente, por satisfacer una venganza?

EMILIA Y aun cuando así fuese..

DOM. Es que, al vengarse de él, ha de proporcionarle una satisfacción más: la de saber que sigue usted queriéndole lo bastante para sentirse celosa...

EMILIA No, no son celos, es odio; deseo de desenmascararle, de impedirle que cometa otra mala acción, de hacerle daño para que sufra algo, aunque sólo sea una pequeña parte de lo que yo sufro por su culpa... Es muy

grande, muy grande el daño que me ha hecho... Por él fuí mala: bien sabe usted que antes de conocerle no lo era, y ahora lo soy. Sí, sí, no me diga usted nada, Domínguez: soy una mala mujer, no debiendo serlo... Ahora lo reconozco: ahora, al encontrarme de pronto frente por frente a la verdad. He vivido todo el tiempo que ha durado esta triste aventura como una pobre loca: por ella perdí completamente el sentido de la realidad, por ella he sacrificado mi decoro... Me parece ahora que despierto de una larga pesadilla... Yo estaba obsesionada por una idea fija que me taladraba el cerebro... No puede usted imaginarse las locuras que han cruzado en todo este tiempo por mi pensamiento y por mi alma, los planes de astucia y de violencia forjados por mí, en plena fiebre, para alcanzar mi objeto... De haber podido descerrajar con las uñas esa caja de hierro donde usted guardaba estos papeles, lo hubiera hecho sin vacilar, en el silencio de la noche, como un ladrón... Y ayer mismo... Pero, ¿qué absurda ofuscación ha sido la mía?... Y, ahora, cuando creía haber logrado mis propósitos para ser feliz—¡lo que yo juzgaba ser feliz!—no he hecho más que servir de instrumento a sus planes, abrirle el camino para que pueda casarse con otra. ¡Y aún dice usted que no debo vengarme! ¡Vamos, Domínguez! Que en mi caso no renunciaría usted al placer de la venganza.

DOM Y después de vengarse, ¿qué habrá conseguido? ¿Es que aspira usted a reanudar el idilio truncado?

EMILIA ¡Oh! Lo que es eso...

DOM. Pues entonces renuncie a toda represalia. Lo que usted necesita es olvidar el pasado, abrir los ojos a un horizonte de color de rosa, que un día u otro debe alborear para usted... Sí; cuando menos lo espere. El tiempo me dará la razón. Se lo digo por propia experiencia. Tal vez hubo un momento en mi vida en que sólo aspiraba a vengarme... No lo hice, y hoy me alegro. Hoy, que vivo dichoso, quizás no tanto como pude serlo con... alguna persona, pero dichoso al fin y al cabo, mucho más que si

hubiese consumado mi venganza... Con un lastre de remordimientos, no se puede rehacer una vida.

EMILIA Y, ¿quién piensa en rehacer la mía?... Si estoy destrozada, como si hubiera envejecido veinte años.

DOM. Esa impresión no tardará en borrarse. Ya todo terminó.

EMILIA Es verdad... Ya todo terminó.

DOM. No lo diga usted con ese tono... Piense que al salir de aquí, llevará consigo una compañera a quien ha deseado tanto tiempo. (Ella le mira sin comprender.) Su libertad.

EMILIA ¡Ah! Pero llega demasiado tarde... ¿De qué me sirve ahora?

DOM Ser libre, es ser feliz.

EMILIA Para ustedes, los hombres, tal vez. Pero nosotras, las mujeres, si por algo deseamos la libertad, es para ofrecérsela al hombre a quien queremos .. y si él rechaza la ofrenda, es tan grande la amragura... la desesperanza... (Pausa. Emilia llora.)

DOM. Dígame, Emilia: ¿puedo telefonear a ese señor Ripoll en sentido favorable? Vamos... ¿Puedo? (Ella dice que sí con la cabeza.) Así debe ser. (Consulta la lista de teléfonos y llama.) 12-48... Sí, gracias. (Pausa.) ¿Es el Hotel Mundial?... ¿Está el señor Ripoll, don Juan Ripoll, de Barcelona? Sí, que haga el favor de ponerse al aparato. (Pausa.)

EMILIA (Entrega a Domínguez el sobre que contiene los documentos de Arnaldo diciéndole con voz apagada.) Tenga: envíelo usted (Lo coge Domínguez y lo deja sobre la mesa. Emilia, impaciente, nerviosa, dice:) No, no, ahora mismo... Pudiera arrepentirme luego.

DOM. Como usted quiera. (Mete los documentos en un sobre y escribe la dirección. Toca el timbre y se presenta el Ordenanza) Esta carta, para certificar. En el acto, ¿eh?

ORD. Está bien. (Coge la carta y se va.)

EMILIA (Pálida, deshecha, se apoya contra el cofre-fort.)

DOM. (Al teléfono.) ¿Con quién hablo? ¿Es el señor Ripoll? Sí, soy Domínguez... Hablé con el empleado y sus informes son satisfactorios. De la misma opinión es la señora viuda de Torralba, que casualmente está en mi despacho... Si quiere usted hablar con ella...

EMILIA Esto es demasiado... ¿He de ser yo misma quien le eche en brazos de otra? (Acometida de súbito impulso, se aproxima a Domínguez y le arranca de la mano el receptor.) Traiga usted.

DOM. ¡Emilia, piense usted lo que hace! Una palabra suya puede ser el presidio para ese hombre y una vida de remordimientos para usted...

EMILIA (Al teléfono, después de breve pausa.) Es la viuda de Torralba quien habla con usted... En efecto, Felipe Arnaldo estuvo en la casa unos cuantos meses, hará un par de años. Se fué espontáneamente, sin despedirse. Esto es lo único que se le puede reprochar: una incorrección sin gran importancia, después de todo... Impaciencias juveniles... Se comprende que le corría prisa mejorar de posición, y por lo visto lo ha logrado... Por lo demás, sus cualidades son inmejorables.. Creo sinceramente que puede labrar la felicidad de una mujer .. Se lo aseguro... (Suelta el aparato y se deja caer, sollozando, sobre un asiento. Domínguez acude en su auxilio mientras baja el telón.)

FIN DE LA OBRA

Queda prohibida la venta de esta obra, cuya tirada se hace tan sólo para servir los archivos de las Compañías que la representen.